

RiMe

Rivista dell'Istituto di Storia dell'Europa Mediterranea

ISSN 2035-794X

numero 6, giugno 2011

Mujeres vistas por mujeres. Italianas y argentinas a principios del siglo XX

Isabel Manachino
Norma Dolores Riquelme

Direzione

Luciano GALLINARI, Antonella EMINA (Direttore responsabile)

Responsabili di redazione

Grazia BIORCI, Maria Giuseppina MELONI, Patrizia SPINATO BRUSCHI,
Isabella Maria ZOPPI

Responsabile di redazione per il Dossier "Italia e Argentina: due Paesi uno specchio"

Francesca Mazzuzi

Comitato di redazione

Grazia BIORCI, Maria Eugenia CADEDDU, Monica CINI, Alessandra CIOPPI,
Yvonne FRACASSETTI, Raoudha GUEMARA, Maurizio LUPO, Alberto MARTINENGO,
Maria Grazia Rosaria MELE, Sebastiana NOCCO, Riccardo REGIS,
Giovanni SERRELI, Luisa SPAGNOLI

Comitato scientifico

Luis ADÃO da FONSECA, Sergio BELARDINELLI, Michele BRONDINO, Lucio CARACCILO,
Dino COFRANCESCO, Daniela COLI, Miguel Ángel DE BUNES IBARRA, Antonio DONNO,
Giorgio ISRAEL, Ada LONNI, Massimo MIGLIO, Anna Paola MOSSETTO, Michela NACCI,
Emilia PERASSI, Adeline RUCQUOI, Flocel SABATÉ CURULL, Gianni VATTIMO,
Cristina VERA DE FLACHS, Sergio ZOPPI

Comitato di lettura

In accordo con i membri del Comitato scientifico, la Direzione di RiMe sottopone a *referee*, in forma anonima, tutti i contributi ricevuti per la pubblicazione

Responsabile del sito

Corrado LATTINI

Istituto di Storia dell'Europa Mediterranea: Luca CODIGNOLA BO (Direttore)

RiMe – Rivista dell'Istituto di Storia dell'Europa Mediterranea (<http://rime.to.cnr.it>)
c/o ISEM-CNR - Via S. Ottavio, 20 - 10124 TORINO (Italia)
Telefono 011 670 3790 / 9745 - Fax 011 812 43 59
Segreteria: segreteria.rime@isem.cnr.it
Redazione: redazione.rime@isem.cnr.it (invio contributi)

Indice

Giovanni Sini	
<i>Alcune note sul Parlamento del Principato di Catalogna tenuto nel 1416</i>	7-24
Bruno Pierri	
<i>Anglo-American Energy Talks and the Oil Revolution, 1968-1972</i>	25-44
Matteo Binasco	
<i>Migrazioni nel mondo mediterraneo durante l'età moderna. Il case-study storiografico italiano</i>	45-113

Dossier

Italia e Argentina: due Paesi, uno specchio

(a cura di Luciano Gallinari)

In ricordo di un amico: Glauco Brigati

Luciano Gallinari	
<i>Introduzione</i>	119-122
Roberto Porrà	
<i>Puerto de Nuestra Señora Santa María del Buen Aire</i>	123-136
Carlos Cacciavillani	
<i>L'architettura dell'emigrazione italiana in Argentina</i>	137-167
Silvana Serafin	
<i>La literatura migrante en la formación de la conciencia nacional argentina</i>	169-188
Liliana H. Zuntini	
<i>Edmundo De Amicis. Con los "ojos de la mente"</i>	189-222
Ilaria Magnani	
<i>Giacumina e Marianina. La rappresentazione dell'immi-grazione italiana in Argentina in due romanzi popolari di fine '800</i>	223-239
Mara Imbrogno	
<i>Prostitute e anarchici italiani nella letteratura argentina del XX e XXI secolo</i>	241-263
Irina Bajini	
<i>Arriva un bastimento carico di artisti. Sulle tracce della cultura italiana nella Buenos Aires del Centenario</i>	265-286

Indice

Rocío Luque	
<i>El vuelo entre dos orillas de El rojo Uccello de Delfina Muschietti</i>	285-295
Isabel Manachino – Norma Dolores Riquelme	
<i>Mujeres vistas por mujeres. Italianas y argentinas a principios del siglo XX</i>	297-319
María Cristina Vera de Flachs - Hebe Viglione	
<i>Empresas y empresarios italianos de la Región Centro de la Argentina en el tránsito del XIX al XX</i>	321-351
André Mota	
<i>Il signore Alfonso Bovero: um anatomista illustre na terra dos bandeirantes, São Paulo 1914-1937</i>	353-373
Antonio Sillau Pérez	
<i>Nacionalidad y Catolicismo. El desarrollo de una idea de nación en el contexto de la producción intelectual del Instituto Santo Tomas de Aquino en Córdoba - Argentina (1930-1943)</i>	375-412
Luis O. Cortese	
<i>El Fascismo en el Club Italiano. Buenos Aires (1922-1945)</i>	413-446
Martino Contu	
<i>L'antifascismo italiano in Argentina tra la fine degli anni Venti e i primi anni Trenta del Novecento. Il caso degli antifascisti sardi e della Lega Sarda d'Azione "Sardegna Avanti"</i>	447-502
Eugenia Scarzanella	
<i>Un'industria "ultra leggera": l'Editorial Abril tra l'Argentina e l'Italia (1941-1957).</i>	503-523
Roberta Murrioni	
<i>«Era come fossimo in carcere, così me ne sono andato in argentina»: storie di un minatore di Carbonia emigrato in Argentina nel secondo dopoguerra</i>	525-533
Camilla Cattarulla	
<i>Non solo Mondiali di calcio: Giovanni Arpino in Argentina nel 1978</i>	535-551
Paola Cecchini	
<i>L'Argentina nelle Marche tra passato e presente</i>	553-565
Celina A. Lértora Mendoza	
<i>Relaciones entre CNR (Italia) y CONICET (Argentina). Notas para una historia</i>	567-609

Lucia Capuzzi	611-624
<i>Bicentenario: quel che resta della fiesta</i>	
Marzia Rosti	625-644
<i>Gli argentini in Italia e il Bicentenario dell'indipendenza argentina</i>	
Maria Eugenia Cruset	645-659
<i>Diáspora y sociedad de acogida. El voto de los italianos en Argentina a través de la prensa</i>	
María Inés Rodríguez Aguilar	661-685
<i>El campo migratorio argentino, su especificidad y el abordaje teórico-metodológico del género</i>	
Odair da Cruz Paiva	687-704
<i>Territórios da migração na cidade de São Paulo: afirmação, negação e ocultamentos</i>	
Luciano Gallinari	705-752
<i>I rapporti tra l'Italia e l'Argentina nella stampa dei due Paesi all'inizio del terzo millennio (2000-2011)</i>	
Stefania Bocconi - Francesca Dagnino - Luciano Gallinari	753-771
<i>Approfondimento storico e nuove tecnologie: il laboratorio didattico "Noi e gli Altri"</i>	

Focus

Tunisia, terra del gelsomino

(a cura di Antonella Emina)

Antonella Emina	775-776
<i>Tunisia, terra del gelsomino</i>	
Nadir Mohamed Aziza	777-783
<i>La cendre et le jasmin / La cenere e il gelsomino</i>	
Francesco Atzeni	785-810
<i>Italia e Africa del Nord nell'Ottocento</i>	
Yvonne Fracassetti Brondino	811-823
<i>Cesare Luccio, scrittore italiano in Tunisia tra colonizzatori e colonizzati</i>	
Alya Mlaiki	825-836
<i>Mr. President, Facebook is watching you! Révolution 2.0: l'exemple tunisien</i>	

Mujeres vistas por mujeres. Italianas y argentinas a principios del siglo XX

Isabel Manachino
Norma Dolores Riquelme

La invitación a participar en esta publicación que intenta rescatar las relaciones italo argentinas a principios del siglo XX, nos impulsó a analizar la presencia italiana en el *Primer Congreso Femenino Internacional de la República Argentina* celebrado en mayo de 1910 en Buenos Aires, como conmemoración de su primer grito de libertad.

Las páginas que siguen intentan reconstruir la imagen que un pequeñísimo grupo de mujeres italianas tenía sobre sus congéneres en los preludios del siglo XX, época en la que ellas intentaban, a veces vanamente, ser escuchadas. Habitualmente ausentes de la escena pública, habían entendido que se las dejaba fuera de la historia y comenzaron a reclamar por lo que consideraban sus derechos.

Este tema ocupa hoy a muchísimos historiadores de ambos sexos de todo el mundo. La parte femenina de la sociedad que incluye a más de la mitad de la población permaneció fuera de la historia hasta mediados del siglo XX, cuando los franceses comenzaron a indagar en temas poco o nada frecuentados y, como consecuencia, se iniciaron los trabajos sobre familia que derivaron luego en trabajos más específicos sobre las mujeres o niños¹.

¹ Hacia fines de los años ´70, en Francia, se produjo una reacción contra la historia económica. Y en virtud de ese proceso se puso el énfasis en la historia social, cuya casi- virginidad los franceses ya habían violado en los treinta y, cabe decir, que también en la Argentina existían antecedentes similares. Sus historiadores se entusiasmaron con algunas de sus facetas y, siempre siguiendo las novedades que llegaban del país galo, los centros de interés y los temas fueron haciéndose cada vez más delimitados y variados. La proliferación de los mismos, produjo un verdadero aluvión de novedosas investigaciones. Efectivamente, los estudios sociales han recuperado la memoria acerca de las condiciones de vida de los hombres del pasado. Delimitar qué comprende lo que genéricamente se denomina historia social, no es fácil y cualquier intento de encorsetarla dentro de determinados contornos aparece, por lo menos, como arbitrario. No obstante, la historia de las mujeres fue un desprendimiento de la historia social. Las historias de la familia se enrolan en lo que se

Este trabajo se enmarca temporalmente en el Centenario de la Revolución de Mayo y coincide con los años en que se sucedían los movimientos por la emancipación jurídica y política de las mujeres. Éstos se iniciaron en Estados Unidos a principios del siglo XIX; pasaron luego a Inglaterra, desde donde se contagiaron al resto de Europa y particularmente a Italia que es lo que ahora nos interesa. Surgieron como una revolución dispuesta a trastocar todas las tradiciones que caracterizaron la vida femenina por siglos. Llevadas por este interés, llegaron al congreso arriba mencionado ya cuatro italianas convencidas de la necesidad de luchar por sus derechos.

El telón de fondo

La Argentina recibió el Centenario en una de sus épocas más felices. Desde el punto de vista económico se había insertado en el mundo y su economía agraria le había permitido convertirse en una potencia como proveedora de materias primas.

No es exagerado afirmar que, en el tránsito entre los dos siglos, dicho país comenzó a consolidar un cambio importante desde todo punto de vista. Fue la dorada época de la aparición de los ferrocarriles, los frigoríficos, el alambre, el molino de viento, la instalación de las escuelas normales, la realización del Congreso Pedagógico, la sanción de la ley 1420 de educación común, la ley de registro civil y la de secularización de los cementerios. Bajo el amparo de estas circunstancias sobrevino un período de paz y de crecimiento económico, llegó la inmigración y comenzaron las grandes inversiones. Como se ha dicho, la generación del ochenta no tuvo un proyecto, pero tuvo la

conoce hoy como nueva historia social, tema que primigeniamente perteneció a los antropólogos y de ellos tomaron los historiadores. Las primeras investigaciones en esta línea de trabajo se hicieron en los Estados Unidos y sus cultores manifestaron un interés creciente hacia el desarrollo de métodos analíticos y de técnicas de investigación combinadas con otras ramas de las ciencias sociales y, además, se ha tomado cierta terminología específica que hoy inunda los estudios históricos de familia. Todo esto ha conducido al empleo de nuevas fuentes de información y a la búsqueda de innovaciones metodológicas. Los primeros trabajos – inspirados fundamentalmente en Philippe Ariés – fueron cediendo paso a cuestiones específicas, entre ellas los estudios sobre mujeres.

habilidad de saber conformar un período de enormes realizaciones, lo cual era inusitado para la época.

Los festejos del 25 de mayo de 1910 estuvieron teñidos de color y alegría y sellaron en buena medida la amistad recuperada con España a raíz de la guerra de Cuba. La presencia de la Infanta Isabel de Borbón puso un magnífico broche a este reencuentro². Pero si bien la Infanta fue la gran protagonista de aquellos días también hubo recepciones destacables para otras delegaciones. El gobierno italiano, en adhesión a estos magnos acontecimientos, dispuso el envío a la Argentina de una escuadra de ese país; uno de estos barcos trasladaba al delegado Ferdinando Martini, quien venía acompañado de Salvador Cantarini, secretario de la División Colonial, caballero de la corona de Italia y del diplomático Cambiasso Negrotto. Su recepción, según registraron las crónicas del momento, resultó grandiosa. Una gran cantidad de público los recibió, en la dársena del puerto donde también se encontraban autoridades argentinas, que los acompañaron hasta la Casa Rosada, donde los esperaban 28 asociaciones italianas constituidas en la Argentina, y que contribuyeron al festejo. Otros países también mandaron buques que desfilaron juntos por el río de la Plata, delante de un público alborozado en aquellos días de mayo de 1910. Un diario de la época decía al respecto:

Por primera vez se ha visto en la rada de Sud América una fuerza naval de esa importancia, reuniendo los pabellones más gloriosos del mundo en homenaje a una festividad cívica nacional³.

Los organizadores del Centenario se propusieron deslumbrar al mundo con la Argentina de aquellos días⁴. Las delegaciones oficiales, según se propusieron los organizadores, fueron paseadas por todo lo que por entonces era digno de verse en la gran capital argentina. Los desfiles por las calles, la fiesta veneciana, la revista naval, la visita a una

² Marta B. FERRETTI "Aspectos de la Argentina y de España durante la visita de la Infanta Isabel en 1910 y un aporte para la historia del anarquismo" en *Studia*, N° 3, 1992. También puede consultarse Andrea PETRI - Desireé TOIBERO, "La Argentina y el Centenario", en *Studia*, N° 3, cit.

³ *La Nación*, 22 de mayo de 1910.

⁴ «(...) un manto de oro cubría la capital, donde la aristocracia no era azul, sino dorada» dice Eugenio SELLES, *La Ilustración española y americana*, Madrid, Establecimiento Tipolitográfico "Sucesores de Rivadeneyra", Impresores de la Real Casa, 1910. Citado por Marta FERRETTI, "Aspectos", cit.

estancia, los toros de raza, los caballos adiestrados, los bailes nativos, amén de varias exposiciones como la Agrícola-ganadera, y otras de Industria, de Higiene, de Transportes y Ferrocarriles y de Bellas Artes; así como algunos congresos, entre otros el Marítimo Internacional, el Pedagógico Católico y el de Empleados Públicos, sorprendieron a los visitantes que seguramente confundieron todo este boato con la realidad más profunda que se escondía por debajo. Aunque no deja de ser cierto que la ocasión festiva invitaba a mostrar los éxitos del país y no sus miserias.

Pero el centenario de Mayo brindó también el marco propicio para que las mujeres argentinas se sintieran convocadas a hacerse oír y a hacer oír su problemática. Esto nos permite hoy valernos de sus testimonios y, por ellos, recuperar su manera de pensar y de vivir la época en que les tocó ser protagonistas. Las más osadas y modernas, entre las que se contaban las universitarias, se congregaron en el *Primer Congreso Femenino Internacional de la República Argentina*. Las otras, sin embargo, no se mantuvieron ajenas y convocaron el *Primer Congreso Patriótico de Señoras en América del Sud*; ambos se reunieron en aquel promisorio mayo de 1910 y, en ellos, tuvieron la oportunidad de asentar sus reclamos, de dejar constancia de la situación de postergación en que vivían y de demandar el cambio que los tiempos estaban exigiendo.

El pueblo, en el que sin duda se mezclaron argentinos y extranjeros, especialmente italianos y españoles, participó espontáneamente en los festejos. Y parece haberlo hecho con entusiasmo y educación, según resaltaba el diario *La Nación*, cuando decía:

¡Y qué pueblo! Ninguna ciudad del mundo habría presentado una masa más lucida, más aseada, más llena de evidente bienestar; y cualquiera sabe lo que cuesta decir que no hubo un ebrio, un andrajoso, un excedido hasta el escándalo, en columnas de doscientas mil personas. La moralidad del pueblo, que debe anotarse como su mérito más alto, ha corrido pareja con su cultura y su entusiasmo⁵.

Terminados los festejos que los trajeran a Buenos Aires, muchos de los llegados al país, decidieron recorrer algunas partes del interior. Y, seguramente, se llevaron consigo una idea más acertada de la realidad argentina que la que mostraban los oropeles de aquellos días. El delegado Martini pronto retornó a Italia. Sin embargo su visita dejó una

⁵ *La Nación*, 31 de mayo de 1910.

impresión grata. Él también mostró amplias simpatías por la Argentina y así lo sintieron los que lo acompañaron y esto fue, lo que reflejaron los periódicos:

Grata nos fue la visita de éste, pues que ella representaba al homenaje de una gran nación, amiga entre las más amigas, en un momento solemnemente histórico de nuestra vida de pueblo libre⁶.

El Centenario llegó y pasó, fue escenario de incalculables festejos, pero ocasión también para meditar y entender muchas cosas, entre otras, los lazos que por entonces unían a europeos y americanos del sur. Puso en evidencia la importancia del equilibrio entre las naciones. América del Sur necesitaba de la ciencia, la cultura, las instituciones, los capitales y, sobre todo, la población de Europa y ésta no podría alimentarse ni satisfacer muchos de sus lujosos gastos públicos y privados si los países nuevos no hubiesen aumentado su producción. Por esta razón, Europa no era indiferente al desarrollo de la América del Sur y, dentro de ella, de la Argentina la que, por entonces, parecía poseída por una inquebrantable fiebre de crecimiento. Y su desarrollo, junto con el de otros países de la región, era lo único que podía garantizar el restablecimiento del equilibrio del mundo de la época, inclinado peligrosamente a favor de los anglosajones gracias al desarrollo vertiginoso de los Estados Unidos⁷.

No obstante no todo lo que brilla es oro. Y así parecían demostrarlo los problemas subyacentes en una sociedad enriquecida velozmente y poco habituada a pensar en la situación de los más necesitados, aun cuando constituyeran una inestimable fuerza de mano de obra. Al lado de otras partes del mundo la Argentina tenía por entonces un proletariado relativamente escaso, compuesto por unas 150.000 personas que vivían miserablemente y comenzaban a reclamar por sus derechos y entre ellos estaban, hacinados en conventillos mal olientes, agotados por largas jornadas de trabajo y por bajos salarios gran parte de los inmigrantes italianos que por circunstancias personales de cada uno, quedaron en la ciudad y no accedieron a un pedazo de tierra en la campaña. Los problemas sociales que hacia el Centenario, amenazaron

⁶ *Ibi*, 21 de junio de 1910.

⁷ *Ibi*, 19 de junio de 1910.

con hacer fracasar los festejos, casi sorprendieron a un país poco acostumbrado a lidiar con ellos.

Por otro lado, la inmigración creaba nuevos desafíos que había que enfrentar y entre ellos el más grave era el de la identidad, que obligó a definir el modelo de nación que se anhelaba. Además, la política reclamaba mayor democratización y mayor igualdad lo que, algunos, miraban con temor e intentaban retardar y, sobre todo, el inusitado progreso económico, se estaba mostrando capaz de disolver todas las virtudes que antaño caracterizaron a la sociedad.

Mujeres del mundo

Sobre el telón de fondo que acabamos de describir, las mujeres del Centenario se movilizaron para participar de los festejos que narramos y, según ya lo habían demostrado en otras ocasiones, pusieron de manifiesto que eran ellas las que cargaban sobre sus hombros con una preocupación social mucho más evidente que la que evidenciaban los varones⁸. Por eso, durante esos días, pudo vérselas visitando institutos diversos y bregando por un mundo más igualitario para ambos sexos.

Para entonces el vendaval de novedades que el siglo XX trajo consigo, empezaba a introducir cambios notables en lo que respecta a los derechos de las mujeres de los países más adelantados del orbe⁹. Y sus ecos llegaron a la Argentina donde hubo quienes comenzaron a reclamarlos. Fueron muchas las jóvenes que compartieron estos ideales pero, contrariamente a lo que podamos suponer, hubo señoras que se opusieron y hombres, sobre todo jóvenes, que entendieron que eran reivindicaciones justas y que debían ser atendidas.

Los nuevos tiempos trajeron significativos cambios en la manera de pensar de gran parte de las sociedades, sobre todo cuando la ciencia

⁸ Efectivamente, en reuniones anteriores habían demostrado que el foco de su interés estaba centrado en las cuestiones sociales. Conf. Norma Dolores RIQUELME, "El panamericanismo: de lo político a lo social de la mano de las mujeres de principios del siglo XX" en Yamile DELGADO DE SMITH - María Cristina GONZÁLEZ (Coordinadoras), *Mujeres en el mundo, Género, trabajo, salud, educación, arte, cultura y redes en movimiento*, Valencia (Venezuela), Universidad de Carabobo, 2006, páginas 233 a 250.

⁹ Las consideraciones que obran a continuación han sido tomadas de Norma Dolores RIQUELME, "Feminismo y mujeres universitarias a principios del siglo XX", en *XII Jornadas de Historia del Pensamiento Científico Argentino. La mujer científica*, Buenos Aires, FEPAI, 2005.

introdujo novedades substanciales en lo que atañe a las condiciones fisiológicas y psicológicas de ambos sexos¹⁰. La antropología, disciplina que mucho tuvo que ver en las conquistas femeninas del siglo XX, se encargó de destacar la igualdad del desenvolvimiento cerebral de unos y otras, y afirmó que no había ninguna razón para considerar a la mujer incapaz de aprender, comprender y retener conocimientos, cualquiera que ellos fueran.

Por eso no debe extrañar que ya en el otoño decimonónico ella se hubiera insertado con éxito, aunque en baja proporción, en los tres niveles educativos. No obstante, en la Argentina, el analfabetismo seguía siendo una lacra importante. Pero al margen de esa comprobación, también era cierto que en el mundo entero había cientos de mujeres que habían comenzado a movilizarse en pos de sus reivindicaciones, apareciendo la novedad del feminismo, que se mostró como contestatario, y que, a su vez, dio origen también a una importante literatura.

En muchas partes del orbe el problema forzó a efectuar un análisis de la cuestión. No obstante, a medida que crecía el feminismo – entendido como la necesidad de reconocer la emancipación mental y económica de la mujer – crecían también sus detractores, los que afirmaban que se estaba en presencia de una lucha de sexos, pretendiéndose hacer de la mujer un hombre y transformándola en un monstruo.

Los simpatizantes del movimiento, por su parte, pensaban que las reivindicaciones tendían, en lo familiar, a abolir el poder marital detentado por los varones y a fundar la unión en base a la equivalencia de derechos y de funciones entre hombre y mujer, dándole a ésta su parte legítima de autoridad sobre los hijos. En lo económico, pretendía dar a la mujer la libre gestión de sus bienes y a permitirles acceso a todas las profesiones liberales e industriales. Y, en lo político y administrativo, a reconocerles una parte de intervención – si bien limitada – en las cuestiones de interés público.

Este movimiento englobaba a casi todas las mujeres de la época, aunque lo hiciera bajo diferentes matices. Estaban las más exaltadas

¹⁰ Jorge B. OLIVERO, *Condición jurídica de la mujer*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1911, destacó que Darwin y Spencer colocaron a la mujer en un nivel de inferioridad tal que su símil había que buscarlo entre los animales inferiores. Para Schopenhauer fueron como niños grandes: pueriles y limitadas por sí mismas. Le Bon, por su parte afirmó que eran como los mamíferos inferiores y agregó que aún el amor maternal estaba más desarrollado en ciertos monos.

cuyos discursos parecían tender al enfrentamiento con el otro sexo; las librepensadoras que aspiraban a obtener libertades totales y las más conservadoras, que sublevadas contra la realidad, pretendían adquirir merecidos derechos sin llegar a posiciones extremas.

En cualquier caso, y por distintas vías, todas estaban intentando rescatar a las mujeres de siglos de semiesclavitud, ignorancia e inercia intelectual. Y hubo también voces masculinas pidiendo resarcir a las mujeres de la postergación a que estaba sometida. Y es curioso, por lo menos mirado desde la actualidad, que las del Centenario juzgaran que «los tiempos contemporáneos, [eran] tiempos gloriosos de libertad, de igualdad, de santas reivindicaciones», porque una nueva manera de pensar se estaba imponiendo en la mentalidad de una buena parte de la sociedad.

Hay algo muy importante que debe tenerse en cuenta y es que la postergación de las mujeres no era sólo una obra masculina, sino también de muchas de ellas que compartían esa postura y que educaban a sus hijos en consecuencia. Por eso las reivindicaciones afloraron recién cuando la mayoría de la sociedad se convenció que las mujeres debían gozar de iguales derechos que los hombres, actuar en su mismo nivel, cultivar sus facultades y ejercer las profesiones que se le tenían prohibidas. Ganar el espacio público no era fácil pero, poco a poco, abandonaron su confinamiento; y sus vidas adquirieron un nuevo sentido. Aquellas a las que les tocó ser jóvenes al filo de los siglos XIX y XX, fueron las que tuvieron que animarse para abandonar el quieto espacio interior de sus hogares e integrarse al agitado mundo exterior.

Lanzadas al mundo del trabajo, las de clases más bajas se ocuparon como personal de servicio o empleadas de baja categoría, mientras, otras, se incorporaron como operarias en talleres y fábricas. El ámbito laboral las recibió también como institutrices, modistas o tejedoras y, otras, buscaron nuevos roles inclinándose por actividades artísticas y fueron escultoras, pintoras, escritoras, periodistas o actrices y, las más, se especializaron como maestras o profesoras. Algunas, casi siempre viudas, lograron abrirse camino en el comercio. Las profesionales fueron las menos y, en casi todos los casos, eligieron la medicina o los campos afines.

No obstante, las que pugnaban por el cambio, reconocían que todavía eran mayoría las que vivían sujetas a los prejuicios sociales, a las que se hacía necesario arrancar de la inercia y la esclavitud intelectual y moral,

convenciéndolas de que eran capaces de desempeñarse con igual soltura y capacidad que el hombre en las profesiones liberales.

En general, en la Argentina, las señoras de familias acomodadas, responsables en gran medida del machismo imperante, entendían que las jóvenes debían permanecer en su hogar, sin sufrir el peligro del contacto diario con varones. La educación que recibían era somera, habida cuenta que había nacido para esposa o monja y que el hombre debía hacerse cargo de los gastos del hogar. Como consecuencia, muchísimas niñas se criaban frívolas y mediocres. Las adineradas consagraban su vida a las relaciones sociales y a la Iglesia; las que no lo eran sólo esperaban cruzarse con un personaje rico que les cambiara la vida, pero ninguna pensaba en ganársela por sí misma. Las de clase media, pobres pero con iguales aspiraciones que las de dinero, a veces se veían obligadas a ganarse la vida a escondidas, aunque lo consideraran denigrante, y mantenían el trabajo hasta que aparecía el marido capaz de liberarlas.

Algunas de las asistentes al *Congreso Femenino Internacional* hicieron notar, sin embargo, que en la época ya algunas jóvenes se enfrentaban el mundo del trabajo sin vergüenza, desafiando la censura de los retrógrados. Por eso ocupaban puestos en el telégrafo, el correo, el comercio, las farmacias etc. Ninguna perdió su honor por trabajar, decían, y, en cambio, muchas otras se habían “vendido” por un relativo buen pasar, lo que visto de esta manera aparecía como mucho más indigno que trabajar para ganarse el sustento.

No faltaría alguna que denunciara que había mujeres en la industria y el comercio y que, desde allí, pagaban los impuestos correspondientes. La ley no las exceptuaba de ellos, afirmaban, pero no les permitía participar en la elección de quienes se encargaban de establecerlos. En caso de ser infractoras a la ley, nadie las eximía del castigo, pero sí se las excluía del dictado de la legislación y de la elección de los legisladores. De este modo quedaba siempre establecida la superioridad masculina y agregaban «la ley y la sociedad consideran a la mujer como un menor para los beneficios y los privilegios, pero nunca para las cargas y obligaciones»¹¹.

¹¹ Ana A. de MONTALVO, “Derechos civiles y políticos femeninos” en *Primer Congreso Internacional de la República Argentina. Historia, Actas y Trabajos*, Buenos Aires, Imprenta A. Ceppi, 1911, pp. 410 y 411.

No todos los miembros de la comunidad vieron negativamente los cambios que acarrearía la vapuleada sociedad del siglo XX. La inserción laboral de las mujeres que comenzaban a buscar el sustento fuera del hogar fue considerada positivamente por algunos hombres jóvenes, dispuestos a aceptar que los tiempos habían cambiado. Decía Jorge B. Olivero:

[...] mientras los hogares no queden huérfanos por el abandono de su ángel tutelar, convengamos en que la sociedad ganará con la incorporación de este nuevo elemento de progreso... antes la ignorancia era el principal adorno de las mujeres, mutilándose así a la mitad o tercera parte de su potencia progresiva¹².

Cuatro italianas y cuatro opiniones del tema

La presencia de cuatro italianas en el congreso que nos ocupa, nos acerca a su manera de pensar y al de su generación en una época caracterizada por los cambios. Éstas, en particular, estaban empeñadas en la lucha por las reivindicaciones femeninas.

Las polémicas por este tema empezaron en Italia alrededor de 1870 y, al principio, según destacaba una de ellas, se produjeron en medio de una indiferencia generalizada en virtud de «la obra secular con la cual los hombres habían casi atrofiado la voluntad y el intelecto femenino»¹³. Sin embargo el discurso transformador logró imponerse, empezando por Milán y Torino, para pasar a Roma donde pronto se asentó con fuerza. En 1895 se fundó una liga en Torino para defender los intereses femeninos, sobre todo de las mujeres trabajadoras de sectores medios y, en 1897, se fundó *Vita femminile*. En 1899 Irma Melany-Scodnick, conjuntamente con Emilia Mariani, una feminista a ultranza, fundaron *L'Italia femminile*, una publicación semanal de cuya dirección se encargó a Rina Faccio, también conocida como Sibilla Aleramo.

Otra era la realidad del sur, donde una amplia capa de mujeres sin recursos no podía movilizarse en busca de sus propias aspiraciones y las mujeres ricas – entre las que había muchas muy cultas – no tenían

¹² Conf. Jorge A. Olivero, *Condición jurídica*, cit.

¹³ Irma Melany SCODNICK, "La donna nel Mezzogiorno d'Italia", en *Primer Congreso Internacional de la República Argentina. Historia, Actas y Trabajos*, Buenos Aires, Imprenta A. Ceppi, 1911, p. 309 y ss.

interés en variar una realidad que les quedaba cómoda y a la que estaban acostumbradas o, en todo caso, le temían al cambio.

En la Península este movimiento encontró sus adherentes entre los ambientes más radicalizados que, en buena manera, estaban entonces representados por el socialismo, a pesar que, entre sus miembros, durante mucho tiempo se mantuvo la convicción de que la mujer era el ángel custodio del hogar y que ese, junto con la maternidad, era su mejor papel.

De cualquier manera, se había encendido la chispa y ya no sería factible apagarla por lo que la discusión y el debate enardecieron a los italianos de ambos sexos. Muchos se involucraron y, entre ellos, el pacifista Ernesto Teodoro Moneta quien, sin entrar en el debate, resaltaba la importancia de la actividad femenina particularmente en el campo de la beneficencia y la asistencia social, pero en tanto estaba comprometido con su trabajo por la paz, creía que era allí donde la mujer tenía una misión que cumplir. Pensaba que un comité femenino para la propaganda de la paz, que siguiera los lineamientos, por ejemplo, de la "Lega di Libertà", "Fratellanza e Pace" que Cristina Lazzati fundara en 1878, tendría necesariamente una influencia benéfica. Y por eso buscó la colaboración de distintas mujeres para su revista *La Vita internazionale* y para *L'Almanacco della Pace*¹⁴.

Irma Melani Scodnick era una habitante del sur de su país pero se contaba entre las "revolucionarias" de la época. Participó, en 1908 en *Il Primo Congresso delle Donne Italiane*, que convocó a las que, como ella, estaban interesadas en las conquistas femeninas desde la izquierda, y que, en su mayoría, participaban del partido socialista italiano. No obstante, algunas, hacia un feminismo extremo que las apartó incluso de ese partido, donde militaban muchos hombres que cargaban sobre sí con prejuicios de siglos¹⁵.

Durante la primera década del siglo XX muchas de estas mujeres se comprometieron en la lucha por la paz y ello se puso de manifiesto en la Exposición Internacional de Milán de 1906 y en la Fiesta de la Paz

¹⁴ Conf. "Ernesto Teodoro Moneta. Una vita per la patria, per il giornalismo e per la pace", en Andrea NOVELLI, *Ernesto Teodoro Moneta, giornalista, patriota, risorgimentale, dalla direzione de "Il Secolo de Milano" al Premio Nobel per la pace (1867-1907)*, en <<http://www.francoabruzzo.it/document.asp?DID=1332>> (15 de junio de 2011).

¹⁵ Franca PIERONI BORTOLOTTI, *Socialismo e questione femminile in Italia 1892-1922*, Milano, Mazzotta, 1974.

efectuado en Palermo en febrero de 1907. Otro evento similar se efectuó en Nápoles y fue presidido por Irma Melany Scodnick, quien, además, entró a formar parte de la "Federazione delle Società Italiane della Pace". Ellas fueron, esencialmente, defensoras de las mujeres de clases medias bajas y bajas, sin duda las más desprotegidas, y actuaron con la pluma, incluso creando periódicos, mientras participaban de asociaciones sociales y educativas. Por supuesto defendieron a ultranza el derecho a la educación y también al voto así como a la paridad de salarios entre hombres y mujeres, el divorcio y la investigación de la paternidad, entre otras cosas.

A principios del siglo XX surgió en Italia el "Comitato nazionale pro suffragio", al que se fueron agregando comités locales aparecidos en diferentes ciudades italianas. Y defendieron también la paridad de salarios entre hombres y mujeres, el divorcio y la investigación de la paternidad, entre otras cosas.

Irma Melani fue invitada y accedió a participar en el Congreso de Buenos Aires a donde llegó como representante de la sección napolitana de la asociación "Per la Donna" y, como no podía ser de otra manera, se refirió al alcance y estado del movimiento feminista en Italia. Hizo notar las diferencias entre Roma y las ciudades del norte respecto al sur de la península, donde los resultados eran francamente mezquinos a pesar de las actividades de un grupo empeñado en producir cambios trascendentes.

Mostraba un cierto antagonismo de clase contra las mujeres ricas, a las que sólo reconocía la virtud de la cultura, mientras las acusaba de estar apoltronadas en su presente y temer a los cambios. Criticó su tendencia hacia la beneficencia "al estilo antiguo" mientras encontraban de mal gusto ocuparse de las reivindicaciones femeninas. Estaba más inclinada a comprender que los hombres se negaran a redimir a las mujeres porque, al final, éstas podían representar eventuales competidoras en el campo laboral y profesional, que a las demás mujeres cuya actitud, a su criterio, era incomprensible.

En Italia, después de cuarenta años, «la larga práctica de la esclavitud había finalizado», según palabras de Scodnick. No obstante, al sur, las cosas eran diferentes; allí hombres y mujeres mantenían inalterable su manera de pensar respecto al problema femenino, producto del egoísmo y de la autocracia masculina. Pero existían también otras causas profundas, que la autora que citamos adjudicaba a causas geográficas, climáticas y fisiológicas. Esta manera de enfocar la cuestión nos obliga a

hacer un paréntesis para destacar que la disertante era sobre todo una mujer de su tiempo y, por lo tanto adhería consciente o inconscientemente a las teorías vigentes entonces.

En tal sentido debemos recordar que, desde el punto de vista ideológico por estos años avanzaron tanto el positivismo como la corriente científicista, aún cuando en Europa – hacia la primera década del nuevo siglo – ellos comenzaban a perderse, mientras se imponían corrientes espiritualistas.

En la Argentina la adopción del positivismo se produjo hacia 1880, cuando ya comenzaba a ceder paso en Europa, donde se impuso entre 1850 y 1890. Pero al culminar el siglo XIX estaba presente en ambos mundos.

El positivismo alcanzó en la Argentina una amplia difusión, logrando penetrar con su teoría de la evolución aún dentro de sectores de innegable influencia católica. Según sus principios, sólo se consideró científico lo medible y observable y todo se redujo a leyes similares a las que dominaban el campo de las ciencias naturales. Esta corriente, llevada al extremo, se conoció como científicismo el cual se caracterizó por una posición clara: no hay lugar para la especulación, sólo lo hay para la ciencia porque ella, en su conjunto, es susceptible de ser pasada por el tamiz de la experimentación y la observación.

Entre las causas invocadas por Scodnick para explicar la sujeción de las mujeres del sur de Italia se puede adivinar su asimilación de los principios puestos en boga por el positivismo. Primero recurría a causas geográficas, aunque, en esto, no necesitaba acudir a sus principios ideológicos. Ella sólo hacía notar que Nápoles y Sicilia estaban alejadas del centro neurálgico representado por Roma y por el progresista norte del la Península y, recordemos, no había entonces los medios de comunicación que hoy acortan las distancias y menos en una Italia pobre, tal como lo era la del sur. Sólo el periodismo cumplía un papel trascendente y, seguramente, chocaba con el analfabetismo de gran parte de la población. Las bellezas naturales o los vestigios históricos de Sicilia y Nápoles, atraían unos pocos turistas que la visitaban por escaso tiempo, pero nadie se instalaba a vivir en el lugar; por lo tanto, no había influencia de personas extrañas en esa región. Esta realidad impedía tomar contacto con el pensamiento moderno, aunque sólo fuera para confrontar opiniones.

En cambio las consideraciones sobre el clima que la autora sacaba a relucir estaban teñidas de connotaciones positivistas. Creía que el clima

obraba decisivamente sobre el temperamento y que no todos tenían la fuerza de voluntad necesaria para esforzarse aún cuando él invitaba al reposo. Y ese era el caso de las mujeres llamadas a influir sobre sus congéneres; se trataba de un trabajo voluntario, siempre más difícil de llevar adelante que uno rentado, que chocaba con la conmiseración de muchísimos que lo consideraban inútil y, lo que es peor, no deseado y hasta molesto. Las mujeres, cansadas de sus obligaciones sociales y domésticas y, encima, víctimas del calor y del clima, no estaban en las mejores condiciones para esforzarse por otras mujeres.

Finalmente Scodnick encontraba también causas fisiológicas que justificaban el atraso del sur de su país. Veía a la mujer de la Italia meridional como «precozmente sensual y pasional» y, por lo tanto sólo interesada en el amor y el matrimonio. Creía que vivía al servicio del hombre cuyo dominio sufría sin rebelarse. Era, a su criterio, sólo «una máquina de reproducción», y la crianza de su numerosa prole le impedía dedicarse a nada más, por lo tanto estaba alejada del estudio y demasiado cerca de penurias de todo tipo y de enfermedades constantes. Así llegaba a vieja habiendo renunciado – por la maternidad – al hábito de la reflexión y a cualquier tipo de manifestación ética, sociológica o científica.

La autora continuaba su alocución destacando que en la Italia del sur dominaba el más absoluto materialismo y, por lo tanto, la mujer sólo importaba en la medida de sus cualidades sensuales y, mientras al hombre mayor se lo continuaba respetando en la medida de su inteligencia, la mujer mayor era descartada como cosa sin valor. Toda mujer que dejaba de ser deseable pasaba a ser condenada a las tareas domésticas para la comodidad de los hombres que, en tal sentido, nunca estaban satisfechos.

Sin embargo, al final de su exposición, la autora manifestaba su optimismo – propio también del positivismo – de que la realidad que ella describía iba a cambiar. Cuando abandonase las frivolidades y diera curso a las luces de su inteligencia, estaría en el camino de recuperar su dignidad. Cuando ellas lograran superar el tonto preconcepto de la inferioridad de su sexo, estarían en condiciones de luchar para construir un mundo más solidario y más fraterno.

Otra de las italianas presentes en el congreso fue Cesarina Lupati Güelfi. Esta autora nació en Milán y era hija de un militar de alta graduación, lo cual le permitió crecer con una situación económica acomodada. Ya en la escuela se destacó como una alumna brillante, lo

que facilitó su camino para convertirse en una mujer culta y preparada que pronto demostró tener particular predisposición para las letras¹⁶. Parece haberse especializado en temas de educación, llegando a destacarse en lo suyo como se desprende del hecho de que se dedicara a profundizar sobre métodos, sistemas y cuestiones de enseñanza, temas sobre los que comenzó a escribir. Esto le valió ser designada por el gobierno italiano para inspeccionar varias escuelas italianas establecidas en Sud América y particularmente en la Argentina, donde también llegaría a disertar sobre la cuestión. Fue partidaria de las ideas liberales y avanzadas de su época; defensora del laicismo y simpatizante de los movimientos feministas, si bien no militó en ninguno. Preocupada por las cuestiones sociales, visitó las cárceles de su país gracias a permisos especiales, dado que no se permitía la entrada de extraños aunque su interés fuese sólo académico o de estudio; en la Argentina, Lupati repetiría la vivencia.

Su temprano interés por las letras se tradujo en la publicación de diversos libros y artículos que aparecieron en diarios y revistas de Italia. Después de su viaje a América continuó con esa tarea y a ese período corresponden diferentes colaboraciones en las que asentó sus impresiones sobre la Argentina. Sin duda esa era la ocupación que la apasionaba y a la que dedicó sus mejores esfuerzos.

Lupati, como dijimos, había sido comisionada por el gobierno italiano y, no sabemos si aprovechando esa circunstancia, fue que decidió asistir al Congreso que convocó la "Asociación de Mujeres Universitarias" donde expuso un trabajo que tituló *Missione pacificatrice della donna*, que nos permite enrolarla entre los pacifistas que se hacían oír por aquellos días.

Además de ser acogida en hogares de la clase alta argentina, por ser enviada de su gobierno y, porque no, por haberse relacionado con las universitarias del país anfitrión, tuvo acceso a determinadas instituciones normalmente obviadas por los turistas y, en algunas, fue recibida por sus máximas autoridades y, circunstancialmente, homenajeadas por ellas. Como resultado de su viaje y haciendo gala de sus dotes narrativas, escribió una obra que tituló *Vita argentina*.

¹⁶ «Sus dotes literarias se manifestaron franca y abiertamente dejando vislumbrar una idealidad propia y original, una exposición lúcida, una síntesis inteligente sustentada por razonamientos eficaces, sobrios y viriles», en *Unión y Labor*, 21 de febrero de 1910, año 1, N° 6, 1910.

Argentini e italiani al Plata. Osservati da una donna italiana, en su presentación vernácula y *Vida argentina*, en su versión castellana¹⁷.

En esta oportunidad ella empezó por reconocer que los tiempos habían cambiado y que hoy se ofrecían nuevos campos de acción a la mujer a la que, además, se le reclamaban mayores obligaciones.

Pero, estuviese donde estuviese, ella siempre desplegaba instintivamente sus sentimientos maternos. Se diría que no podía, por una especie de idiosincrasia moral congénita, tolerar un entorno negativo a su alrededor; que sus manos, siempre estaban prontas para brindar un bálsamo al sufrimiento de los hombres y para ayudarlo a huir de toda forma de violencia.

Sin embargo, como todas las representantes llegadas de Italia, creía también que sus derechos eran conculcados por las costumbres, los prejuicios y hasta las leyes y que, en la vida cotidiana, ella no era la reina sino la esclava, no la criatura venerada, sino el instrumento de placer, la fácil presa, la «cosa» de valor del más fuerte y la «cautiva de pesadas cadenas», pero aún así ella intentaba cumplir su misión, y si la humanidad no había progresado como debiera, la culpa era de los hombres que sofocaban su obra, que se dejaban llevar por sus bajos instintos y que por su orgullo, no sabían valorar los sentimientos femeninos y acusaban a las mujeres de debilidad.

No obstante, pensaba esta autora el sueño femenino era un sueño de amor y de paz. Él era el faro luminoso que guiaba a la humanidad e iluminaba sus más altos destinos, que se denominaban «caridad civil», «fraternidad» y «espíritu de concordia y paz». Por milenios, los oscuros instintos del odio y de la prepotencia, gobernaron el mundo. Las guerras afectaban los hogares y la vida de las mujeres, que combatían al lado de sus hombres sólo por no abandonarlos; pero ellas, que poseían el

¹⁷ Cesarina LUPATI GUELFÍ, *Vita Argentina. Argentini e Italiani al Plata. Osservati da una donna italiana*, Milano, Fratelli Treves, Editori, 1910. Conf. Norma Dolores RIQUELME, "En busca de un destino: la Argentina como meta", en María Cristina VERA DE FLACHS - Luciano GALLINARI (compiladores), *Pasado y presente: algo más sobre los italianos en la Argentina*, Córdoba, Báez Ediciones, 2008, pp. 11-38. También Norma Dolores RIQUELME, "En busca de un futuro: La Argentina en la mirada", en Soporte Electrónico del Tercer Encuentro *La problemática del viaje y los viajeros. América Latina y sus miradas. Imágenes, representaciones e identidades*, Tandil, Centro de Estudios Sociales de América Latina (CESAL UER ISHIR/UNICEN) de la Universidad Nacional del Centro (Tandil) y Escuela de Historia de la Universidad Nacional de Rosario, 2008.

secreto de la perpetuación, sentían como ningún hombre sería capaz, el sagrado derecho a la vida.

Lupati creía que, en pleno siglo XX, debían acabarse las lágrimas silenciosas y que si al hombre, por su falso orgullo, le parecían todavía necesarios los duelos o la guerra, la mujer estaba en la obligación de proclamar su injusticia y conducirlo a condenar la violencia, como barbarie de otros tiempos.

La fuerza de la mujer es el amor – señalaba – y todos sus esfuerzos debían concentrarse en esa meta. Qué decir, – agregaba – si una sola exclamación recorriera el mundo, parafraseando el grito lanzado a los trabajadores por Carlos Marx: «¡Mujeres de todos los países, ÚNANSE!». Y esto es lo que ella entendía que debía hacerse, las mujeres de todos los países, debían unirse para combatir e impedir la violencia, «apresuremos la PAZ. Es esta nuestra misión».

Hacia siglos que por boca de la mujer la humanidad pedía justicia; hoy – decía – la pide a gritos, gritos que no deben ser sofocados y que los pueblos y los gobiernos deben escuchar. Ella no desiste en su obra pacificadora. En el espíritu del legislador, en el sueño del artista, en la conciencia de las multitudes, en los niños, ella siembra el dulce Evangelio de Paz que es el único que podrá abrir para la humanidad el germen de la felicidad futura.

La tercera disertante en este congreso fue Eva de Vicentis, de quien no hemos podido encontrar datos que nos acerquen a su vida. Ella disertó sobre *Una parola sulle attuali relazioni fra i due sessi*, en donde puso primero el acento en la cuestión moral, tremendamente cuestionada por entonces en la Argentina y, de acuerdo a De Vicentis, también en Italia. Una de las más graves consecuencias del positivismo fue el materialismo que llegó a dominar a un enorme sector de la sociedad y que derivó en una corrupción casi generalizada. La rebeldía contra esta realidad fue la que facilitó la reacción antipositiva que en la Argentina se vivía precisamente por aquellos días.

Observaba la disertante que el mundo había progresado notablemente en el siglo XIX, como consecuencia de los numerosos avances científicos de esa época y ellos, en gran medida, favorecían el bienestar. Sin embargo, en lugar de vivir mejor, la sociedad vivía peor. Y eso era así, decía, porque el desarrollo material, físico y económico, había dejado de lado los factores morales, que son parte constituyentes del bienestar. Ellos eran los encargados de armonizar a todos los demás

y su carencia no podía menos que perjudicar a la humanidad en general y a los individuos en particular.

En virtud de su ascendente en todo el ámbito de la vida humana, tanto singular como colectiva, la corrupción se convertía en un fenómeno dinámico social que se proyectaba también en las relaciones entre los dos sexos. Ello obedecía a un grave deterioro de la raza humana y a una dispersión de las energías individuales. El desmerecimiento de la moral estaba estrechamente relacionado con el consecuente despilfarro de la riqueza económica. Pero mientras el deterioro de la raza era fácilmente observable en las enfermedades y aún en el debilitamiento de la voluntad, el deterioro moral con todas sus consecuencias, tales como el resentimiento económico, no era fácil de ser apreciado por la sociedad.

Sobre esta base, la disertante encontraba que no había ningún papel asignado a la mujer, sino sólo el de proporcionarle al hombre una existencia placentera y cómoda. A él le estaba reservado aspirar a la política, al arte o a la ciencia; mientras ella no tenía otra misión más que embellecerle la vida. La mujer había perdido su propia personalidad, pero estaba convencida que su misión era plegarse a la voluntad del compañero y convertirse en lo que él quisiera que ella fuese y agregaba: «Qué maravilla, ninguna rebelión se acentúa en ella, cuando deseando él divertirse con el juego del amor, ella se convierte en un juguete».

De Vicentis encontraba funestas consecuencias en esta circunstancia, la mujer no se sentía "persona" en el sentido ético, económico y jurídico de la palabra y actuaba en consecuencia. En tanto su individualidad había sido sofocada, no encontraba motivos para tener vida propia. La raíz de la cuestión, que a criterio de la autora era producto de la corrupción, decía encontrarla tanto en la ausencia de un concepto de individualidad en la mujer, como en el concepto errado del hombre de creer que ella estaba en el mundo sólo para él.

Esto tenía consecuencias económicas tales como el hecho de que las mujeres europeas cobraran menos salarios que sus compañeros varones por igual tarea, lo que muchas veces las impulsaba a buscar el camino mejor remunerado de la prostitución. Como no podía ser de otra manera, De Vicentis hacía una dura consideración acerca de la misma, que entendía necesario combatir. Para hacerlo, decía, había que permitir que la mujer recuperara su personalidad que el hombre debía respetar; además, debía implantarse el principio de igual salario por igual trabajo

y, fundamentalmente, había que permitir el fácil acceso de las mujeres a la educación.

La pedagogía estaba obligada a introducir el sentido ético social como un nuevo componente filosófico y las mentes jóvenes debían asimilarlo como una creencia de fe, capaz de cambiar los destinos de la humanidad. La juventud, de esa manera, tendría conciencia de ser instrumento de un trabajo de perfección universal, lo cual contribuiría a formar la conciencia de su propio valor moral. A su vez el hombre estaría en condiciones, en virtud de un impulso interior titánico, de vencer las más ásperas batallas contra los prejuicios y los hábitos empedernidos y, en cambio, podría armonizar sus propias acciones con las exigencias del progreso de la humanidad.

La cuarta disertante de la que nos vamos a ocupar es Erminia Montini que estaba en su país dedicada a trabajar sobre los reformatorios y que, en 1910, publicó un trabajo sobre el tema titulado *Studio di riforma educativa dei riformatori femminili italiani*. Como no podía ser de otra manera, eso fue lo que expuso en el congreso¹⁸. Allí reconoció que los reformatorios masculinos habían progresado junto con los tiempos, pero eso no ocurría en el caso de los destinados a mujeres a los que había que adaptar para lograr así tanto curar el físico, como mejorar la moral. Decía: «La caridad privada ha pensado en estas infelices; pero cuando la caridad va sin la ciencia a menudo ocurre el riesgo de hacer más mal que bien».

Montini era mujer de su tiempo y, en este sentido, estaba convencida que estas cuestiones debían afrontarse mediante los avances de la ciencia, siguiendo las normas de la moderna pedagogía correctiva y reparadora bajo el triple aspecto "psico-físico-patológico". Las religiosas, siempre abnegadas, deberían colaborar con estas instituciones, siempre que estuvieran bien preparadas para ello. Ya en la Italia de su tiempo existían algunas donde se brindaba una preparación teórico-práctica para diferentes niveles de la enseñanza y, sin embargo, no existía nada parecido para los reformatorios. La disertante proponía formar comisiones de gente especializada para atender esos institutos que, incluso, deberían auxiliar a las jóvenes en el momento que ellas abandonarían la institución cuando cumplieran los 25 años o cuando salieran para casarse.

¹⁸ Erminia MONTINI, "Riformatorii femminili italiani", en *Primer Congreso*, cit.

Un reformatorio modelo debía implementar diferencias de acuerdo a la edad y a la causa que había motivado la internación: una interna díscola no era lo mismo que una menor seducida, que una delincuente común o que una delincuente sexual. Muchas llegaban embarazadas y eso exigía una particular atención para enseñarles las virtudes de la maternidad. En los casos en que no había enfrentamientos con la ley, Montini proponía incentivar a las jóvenes con ocupaciones diversas lo cual, incluso, favorecería su salud. Esto podía proporcionarles bienestar económico y evitar su retorno a la mala vida.

Conclusiones

Cuatro italianas portadoras del pensamiento avanzado de su tiempo llegaron a la Argentina para compartir con las que, desde América, sustentaban ideas similares. Si bien ellas estaban interesadas en la promoción de la mujer, no todas la entendían de igual manera, ni creían que los caminos para conseguirla fueran los mismos. Una era feminista extrema y lanzaba todos los dardos contra el sexo opuesto; otra se centró en la cuestión moral y educativa; otra creía en el amor y era pacifista y, la cuarta, no creyó necesario resaltar las reivindicaciones reclamadas por las mujeres comunes, sino acordarse de las jóvenes recluidas en reformatorios y orfanatos.

Los durísimos conceptos sustentados por Irma Melani Scodnick nos permiten deducir que en la necesidad de convencer, exageraba sus argumentos. Negaba el sentimiento amoroso, el afecto, el cariño y todo otro tipo de entendimiento en las relaciones de hombre y mujer que quedaban reducidas a lo que la pasión podía proporcionar. La mujer objeto constituía el único eje de su interés y no había paliativos en su animadversión hacia los hombres de la Italia del sur.

Cesarina Lupati, en cambio, joven recién casada y madre de un niño pequeño, poco tenía que ver con el pensamiento de Scodnick. Era ella una pacifista y, como tal, sus reflexiones eran diferentes; aún cuando como todas las mujeres llegadas de la península, sabía que sus derechos eran transgredidos y violados por las costumbres, los convencionalismos y hasta por las leyes y que, en la vida diaria de las italianas de su tiempo, ellas eran esclavas. También reconocía culpas a los hombres, acusándolos de no valorar los sentimientos femeninos, de haber sofocado su obra y de impedir su progreso, empujados tan sólo

por sus bajos instintos y por su orgullo. No obstante, decía Lupati, el sueño femenino era un sueño de amor y de paz que nunca se apaga. Su fuerza era el amor y nada debía apartarla de esa meta, la que las llamaba a unirse para la consecución de un propósito común. Sin duda hay en la prosa barroca y de cierta manera rebuscada de Cesarina una veta romántica, que la incita a colocar en sus compañeras de género virtudes exageradas. No obstante, es posible que ya intuyera en el viejo mundo los peligrosos signos que culminaron en la primera conflagración mundial y que la impulsaban a implorar o casi gritar, por usar sus mismas palabras, a todas las mujeres del mundo, la necesidad de actuar a tiempo para evitar la tragedia que avizoraba. Su plegaria por la paz fue mayor que su reclamo por las justas reivindicaciones que convocaban a las mujeres presentes en este congreso. Y, desafortunadamente, cayeron en el vacío.

Eva de Vicentis, se distinguió de sus otras compatriotas por su apelación a la cuestión moral, tema candente por aquellos días, pero que no siempre era tomado en cuenta. Su disertación puso el acento sobre el materialismo, que llegó a dominar a un enorme sector de la sociedad y que derivó en una corrupción casi generalizada, y puso sobre el tapete uno de los motivos que determinó la muerte del positivismo, aunque éste no constituyera el centro de su alocución.

De Vicentis abogó por la recuperación de la personalidad femenina, arrollada por los varones, los que debían aprender a respetarla; demandó también otras reivindicaciones y, fundamentalmente, reclamó el fácil acceso de las mujeres a la educación. Pidió la implantación de una nueva pedagogía capaz de introducir el sentido ético social en las mentes jóvenes, como la única vía válida para cambiar los destinos de la humanidad.

La última disertante de las que nos ocupamos, demostró ser una mujer de su tiempo y adherir a todos los cambios que el positivismo había aportado desde el punto de vista penal. Esa verdadera revolución fue luego adoptada en gran parte del mundo pero, Montini, la propuso en 1910 en un congreso de mujeres. Toda una novedad.

En definitiva, cuatro mujeres y cuatro visiones de la realidad de su tiempo que pusieron con su presencia, con su pluma y con su trabajo realizado en su país, una semilla más en ese camino que emprendieron aquellas pioneras y que llevaron finalmente a la igualdad de derechos de hombres y mujeres. El primer Centenario de la Revolución de Mayo,

celebrado por los argentinos, brindó un marco particular y adecuado para expresar esta manera de pensar.

Bibliografía

Libros y artículos

- DE VICENTIS Eva, "Una parola sulle attuali relazioni fra i due sessi" en *Primer Congreso Femenino Internacional de la República Argentina. Historia, Actas y Trabajos*, Buenos Aires, Imprenta A. Ceppi, 1911, pp. 223-228.
- FERRETTI Marta B., "Aspectos de la Argentina y de España durante la visita de la Infanta Isabel en 1910 y un aporte para la historia del anarquismo" en *Studia*, N° 3, 1992, pp. 11-49.
- LUPATI GUELF, Cesarina, "Missione pacificatrice della donna" en *Primer Congreso Femenino Internacional de la República Argentina. Historia, Actas y Trabajos*, Buenos Aires, Imprenta A. Ceppi, 1911, pp. 2.
- LUPATI GUELF Cesarina, *Vita Argentina. Argentini e Italiani al Plata. Osservati da una donna italiana*, Milano, Fratelli Treves, Editori, 1910.
- MONTALVO Ana A. de, "Derechos civiles y políticos femeninos" en *Primer Congreso Femenino Internacional de la República Argentina. Historia, Actas y Trabajos*, Buenos Aires, Imprenta A. Ceppi, 1911, pp. 409-414.
- MONTINI Erminia, "Riformatorii femminile italiani" en *Primer Congreso Femenino Internacional de la República Argentina. Historia, Actas y Trabajos*, Buenos Aires, Imprenta A. Ceppi, 1911, pp. 64-67.
- NOVELLI Andrea, "Ernesto Teodoro Moneta. Una vita per la patria, per il giornalismo e per la pace" en *Ernesto Teodoro Moneta, giornalista, patriota, risorgimentale, dalla direzione de "Il Secolo de Milano" al Premio Nobel per la pace (1867-1907)*, en <http://www.francoabruzzo.it/document.asp?DID=1332>.
- OLIVERO Jorge B., *Condición jurídica de la mujer*, Córdoba, Universidad Nacional de Córdoba, 1911.
- PETRI Andrea - TOIBERO Desireé, "La Argentina y el Centenario" en *Studia*, n. 3, 1992, pp. 49-72.
- PIERONI BORTOLOTTI Franca, *Socialismo e questione femminile in Italia 1892-1922*, Milano, Mazzotta, 1974.

- RIQUELME Norma Dolores, "El panamericanismo: de lo político a lo social de la mano de las mujeres de principios del siglo XX" en Yamile DELGADO DE SMITH - María Cristina GONZÁLEZ (Coordinadoras), *Mujeres en el mundo, Género, trabajo, salud, educación, arte, cultura y redes en movimiento*, Valencia (Venezuela), Universidad de Carabobo, 2006, pp. 233-250.
- , "En busca de un destino: la Argentina como meta" en M. Cristina VERA DE FLACHS - Luciano GALLINARI (compiladores), *Pasado y presente: algo más sobre los italianos en la Argentina*, Córdoba, Báez Ediciones, 2008, pp. 11-38.
- , "En busca de un futuro: La Argentina en la mirada", en Soporte Electrónico del Tercer Encuentro *La problemática del viaje y los viajeros. América Latina y sus miradas. Imágenes, representaciones e identidades*, Tandil, Centro de Estudios Sociales de América Latina (CESAL UER ISHIR/UNICEN) de la Universidad Nacional del Centro (Tandil) y Escuela de Historia de la Universidad Nacional de Rosario, 2008.
- , "Feminismo y mujeres universitarias a principios del siglo XX", en *XII Jornadas de Historia del Pensamiento Científico Argentino. La mujer científica*, Buenos Aires, FEPAI, 2005.
- SALAS Horacio, *El Centenario. La Argentina en su hora más gloriosa*, Buenos Aires, Planeta, 1996.
- SCODNICK Irma Melany, "La donna nel Mezzogiorno d'Italia" en *Primer Congreso Femenino Internacional de la República Argentina. Historia, Actas y Trabajos*, Buenos Aires, Imprenta A. Ceppi, 1911, pp. 309-313.
- SELLES Eugenio en *La Ilustración española y americana*, Madrid, Establecimiento Tipolitográfico "Sucesores de Rivadeneyra", Impresores de la Real Casa, 1910.

Publicaciones periódicas

Diario *La Nación*, mayo de 1910.

Revista *Unión y Labor*, Buenos Aires, febrero de 1910.

